

CAPÍTULO VIII.

El comandante y el asistente.

Vivía el hermano de la viuda en la casa solariega de la familia, que, como ya sabemos, se hallaba separada de la de su hermana por un corral espacioso cerrado por dos tapias laterales, y por las paredes posteriores de ambas casas, cuyas fachadas principales caían á dos calles distintas y opuestas, que corrían paralelas de Mediodía á Norte; de manera que la humilde fachada de la pequeña casa de la viuda miraba á Oriente, mientras la gran fachada de la casa del hermano miraba á Poniente.

Eran dos casas verdaderamente opuestas, que se habían vuelto la espalda, y que formaban entre sí el más vivo contraste. La casa del hermano era un caserón antiguo, cuya puerta enorme aparecía decorada por dos columnas de piedra toscamente labradas, sobre cuyos capiteles descansaba el piso de un balcón tan espacioso como la puerta, del cual pendía, carcomido por la intemperie, el escudo de armas que atestiguaba el noble origen de la familia.

Dos balcones más pequeños, abiertos á igual distancia del balcón principal; dos ventanas cruzadas por barrotes de hierro como las rejas de una cárcel,

colocadas á uno y otro lado de la puerta, y tres tragaluces que abrían sus bocas ovaladas bajo el alero del tejado, componían todos los accidentes arquitectónicos de la fachada.

En la planta baja estaban las cuadras y la bodega, en el piso principal los salones, y en el último piso los graneros; pero á la sazón bodegas y cuadras se hallaban vacías, los salones desiertos y los graneros abandonados, porque el actual dueño tenía dadas en arrendamiento todas sus propiedades, y había desaparecido de la casa la animación que producen las tareas del campo.

El aspecto exterior de la casa era triste; más aún, sombrío; aquellas paredes ennegrecidas por el tiempo, surcadas por la lluvia; aquellos balcones siempre cerrados; aquella puerta siempre entornada, la cubrían de una sombra extraña de soledad y de abandono.

En cambio, la casa de la viuda era blanca y alegre; su modesta fachada, reducida á una puerta y dos rejas, sonreía, si es posible decirlo así, con la afable franqueza de una fisonomía ingenua.

En el interior de ambas casas resaltaba más vivamente el contraste que acabo de indicar. Las reducidas habitaciones que servían de albergue á la viuda y á su hija, brillaban por esa esmerada limpieza con que el aseo ennoblece lo mismo á las más humildes personas que al más modesto mueblaje. Podía decirse que la luz, al penetrar en esta estancia, se recreaba en la blancura de las paredes, en la tersura del pavimento, en la transparencia de los cristales. Al través de las rejas que daban al corral colgaban sus vástagos, sus racimos y sus flores la enredadera trepadora, la pomposa parra y los copiosos jazmineros, como si la naturaleza quisiera con-

tribuir al esplendor de este albergue, donde puede decirse que anidaban la viuda y su hija.

Para entrar en la casa del hermano era preciso empujar la pesada hoja de la puerta, constantemente entornada, y los enormes goznes, poco acostumbrados á las funciones de su oficio, rechinaban ásperamente, entorpecidos por la falta de uso. Una vez dentro, se encontraba el pavimento empedrado bajo el arco macizo de una bóveda, en cuyo muro se abría un nicho sin imagen, delante del que pendía un farol ennegrecido y roto. Al otro lado de este arco, semejante al ojo de un puente, se veía la escalera, formada de anchos peldaños de piedra con pasamanos de roble, que subía hasta el piso principal. Allí se encontraban tres puertas: la del salón, que nunca se abría, y sobre cuyas molduras tejían tranquilamente las arañas sus finísimas telas. La puerta de la derecha conducía á la cocina, y la de la izquierda á las habitaciones ocupadas por el dueño de la casa.

La primera pieza que salía al paso servía indudablemente de comedor, pues se veían en ella dos grandes aparadores de nogal con vajilla de loza, copas, vasos, botellas, fruteros, y una máquina de hacer café; había en medio una mesa redonda, y delante un sillón de baqueta, único mueble en que poder sentarse. Colegíase que el dueño de la casa no había de darse mala vida, y que los placeres de la mesa se los reservaba para él solo. Del comedor se pasaba á otra pieza guarnecida de sillas de alto respaldo, severamente talladas, y del sofá correspondiente á las sillas; sobre la pared campeaba una percha, en la cual descansaban una escopeta de dos cañones, una carabina de tiro y un gran cuchillo de monte. Arrinconada en un ángulo de la estancia, como un mueble inútil, yacía, digámoslo así, una

mesa de escritorio con su escribanía de plata empolvada, y sobre el mármol ennegrecido de la gran chimenea descansaba una caja de pistolas y un estuche con instrumentos de matemáticas. Un solo libro se veía en toda la estancia, libro de gran superficie y de poco fondo, que, apoyado contra el respaldo de una silla, dejaba ver en la cubierta, trazado con letras doradas, el siguiente título: *Album topográfico de la guerra de África*.

La habitación inmediata á esta era el dormitorio del hermano de la viuda, en el que no había más que la cama, una maleta vacía y un ropero lleno con todas las prendas de un equipaje militar. En un rincón, y encerrada en su funda de vaqueta, descansaba la espada de las fatigas del servicio. Junto á la cama había una especie de mesilla de noche, sobre la que se hallaban en amigable compañía una gran pipa, un reloj de bolsillo y un revólver de seis tiros, que venían á ser como tres formas de un mismo pensamiento.

La pipa indolente recordaba que son humo las grandezas de la tierra.

El reloj inquieto advertía la rapidez del tiempo

El revólver insensible daba testimonio de la fragilidad de la vida.

Esto es: la vida que se desvanece, la vida que huye, la vida que acaba.

No era posible cruzar el umbral solitario de esta casa casi desierta sin sentir cierta impresión fría, la impresión que debe experimentarse en el vacío; porque parecía que faltaba allí, si no el aire que respiran los pulmones, á lo menos el aire que respira el alma: era como una casa muerta: la lobreguez de aquellas paredes macizas cubiertas de polvo; el silencio y la sombra de aquellas mudas habitaciones;

la inmovilidad de aquellas puertas, en todo esto había algo de lúgubre, de sepulcral, de fúnebre.

Hacia veinticinco años que el hermano de la viuda salió de esta casa para incorporarse al ejército, pues en los cuatro años anteriores había adquirido, como alumno del colegio de artillería de Segovia, los conocimientos necesarios para arrasar el mundo en más ó menos tiempo, merced al ímpetu inicial de los proyectiles y á la fuerza expansiva de la pólvora. Era capaz de clavar una bala de cañón en la punta de una aguja, y hacía reventar una granada en el mismo punto adonde iba dirigida, como puesta con la mano. En una palabra: el joven alumno del colegio de Segovia, colocado detrás de una batería, era terrible; y era, por lo tanto, una esperanza de la patria, pues habiendo aprendido tan perfectamente el oficio de destruir, claro está que no perdería ocasión de abrirse paso en el camino de la gloria. Tal era, por lo menos, la ambición de su padre y el temor de su madre.

Salió de la casa colmado de abrazos y de bendiciones, dejando en ella las silenciosas lágrimas de su madre y los mal reprimidos sollozos de su hermana, sin que sus ojos se humedecieran ni temblaran sus manos al recibir aquellos abrazos, aquellas bendiciones y aquellas lágrimas; porque, ¡ya se ve!, el vistoso uniforme que vestía no podía consentirle señal alguna de debilidad que contradijera la dureza de corazón propia de aquel héroe en ciernes.

Á los veinticinco años de ausencia volvió al pueblo, siendo ya comandante de artillería, después de haber tomado parte en la campaña de África, y se encontró la casa desierta y á su hermana viuda. Había venido con licencia temporal, sin más fin que arreglar la administración de lo que constituía

su herencia desde la muerte de sus padres, abrazar á su hermana, y volverse otra vez al regimiento.

En los primeros días de su estancia en el pueblo era comunicativo: á pesar de la aspereza de su carácter, se mostraba afable con su hermana y cariñoso con su sobrina. Mas pronto comenzó á hacerse reservado, á huir del trato de las gentes, á encerrarse en su casa días enteros sin ver á nadie, dejando entender que alguna secreta inquietud agitaba su espíritu. Semejante cambio dió motivo á diversas suposiciones, conviniéndose al fin en que la vida pacífica del pueblo se avenía mal con las costumbres militares del hermano de la viuda. Indudablemente echaba de menos la vida de los cuarteles y el tumulto del mundo. Decididamente, en cuanto terminara el arreglo de los asuntos que lo detenían en el pueblo, le volvería de nuevo la espalda al lugar en que había nacido, Dios sabe hasta cuándo. Inducía á creerlo así el sistema que había adoptado para simplificar la administración de sus bienes, poniendo en arrendamiento todas las tierras de su propiedad.

No miraron todos con buenos ojos esta especie de desdén, porque la susceptibilidad de pueblo pequeño, que es la más impertinente de todas las susceptibilidades conocidas hasta el día, se dió por ofendida de que nuestro hombre no encontrara allí todas las delicias del paraíso con preferencia á las más bellas y á las más ricas capitales, y hasta hubo quien calificó de inmoral semejante proceder, fundándose en que era una ingratitud irse á gastar las rentas de su patrimonio á Madrid ó Barcelona, á Sevilla ó Valencia, pudiendo vivir en aquel pueblo tan sano, donde se moría la gente lo mismo que en todas partes. Claro es que las mujeres tomaban

gran calor en estas discusiones, porque el comandante era un solterón muy aceptable.

Este parecer casi unánime no impedía que cuantos vecinos lograban alguna prosperidad en su fortuna cambiaran de domicilio, yendo á buscar las ventajas que ofrecen las grandes poblaciones. Los restantes seguían profesando el principio de la inmovilidad humana, y no les faltaba razón; para vegetar como las plantas, es preciso echar raíces como los árboles; vida semejante á la vida de los alcornoques.

Este punto se discutía en el casino y en la tertulia del boticario, cuando corrió una noticia verdaderamente estupenda; á saber: que el hermano de la viuda había solicitado y obtenido su licencia absoluta. El secretario del ayuntamiento daba testimonio de la autenticidad del caso, mostrando la *Gaceta de Madrid*, donde oficialmente constaba el hecho.

Se hicieron diversas conjeturas acerca de este paso; pero el hermano de la viuda, cada vez más apartado del trato de las gentes que deseaban su amistad, retraído y taciturno, no dejó traslucir indicio alguno que descubriera la verdadera causa de su determinación. Por lo demás, se creía que había resuelto definitivamente fijar su residencia en el pueblo, haciendo una vida misteriosa é impenetrable.

Gil, soldado viejo, que acababa de cumplir el tiempo de su segundo enganche, á quien el comandante había traído á su servicio, era el único que al parecer merecía su confianza. Era á la vez su cocinero, su ayuda de cámara y su amigo, ó por lo menos su compañero inseparable.

Muchos días cargaba Gil con el morral de las

provisiones, su amo se echaba al hombro la escopeta, y tomando el camino de la sierra, se perdían en los pinares, trepando por las asperezas de las cumbres, de donde no solían volver hasta muy entrada la noche.

De vez en cuando visitaba el comandante á su hermana, y un observador atento que hubiera presenciado estas frías entrevistas, quizá habría advertido que ambos hermanos huían de toda intimidad, como si desconfiaran el uno del otro; parecía que se miraban con recelo, con miedo, á la vez que se espiaban como si mutuamente quisieran adivinarse.

De esta manera trascurrieron dos años, en que fueron inútiles los esfuerzos de los hombres por conquistar la amistad del comandante, y las travesuras de las mujeres por cautivar su corazón. Estas últimas no se resignaban fácilmente á sufrir en silencio el rigor de tan triste desengaño, y no pudiendo atribuir á la ineficacia de sus atractivos la invencible indiferencia del comandante, echaron el muerto á la viuda, suponiendo que la astuta hermana lo aislaba, influyendo sobre su voluntad para apartarlo de toda contingencia de matrimonio, movida por la codicia de la herencia, y tal vez con la idea de casarlo con la *feróstica* de su hija.

Algunas temían que la *mala lengua* de la viuda hubiera contado á su hermano algunas de esas historias que se refieren en confianza, de oído en oído, y que corren de boca en boca con el mayor secreto, y á que dan motivo, lo mismo en los pueblos grandes que en los pueblos pequeños, las seducciones de los hombres y las fragilidades de las mujeres. Esta suposición indignaba á unas, y hacía morderse los labios á todas.

Por lo que hace á los hombres, no concebían que el comandante pudiera aburrirse en una sociedad cuya conversación giraba siempre sobre los accidentes atmosféricos, si llueve ó no llueve, si lloverá ó ha debido llover, si el aire de arriba es malo para la aceituna, si el aire de abajo es pésimo para las viñas.... conversación amenizada con toda la chismografía de vecindad que los más desocupados recogían de la boca de los más habladores.

No pudiendo concebir el fastidio en tan amena comunicación de pensamientos, achacaban el aislamiento del comandante á una simple manía. Privarse así voluntariamente de las delicias de un trato tan variado, tan ameno, tan entretenido, y, sobre todo, tan instructivo, no podía ser más que un principio de locura. El boticario, sobre todo, sostenía que la cabeza del comandante no estaba sana.

El día en que nosotros vamos á empezar á penetrar en el secreto de esta misteriosa existencia, era un hermoso día de primavera. La luz de la mañana entraba en el dormitorio del comandante al través de las junturas de la puerta, llenando de ráfagas luminosas la oscuridad de la estancia, que se marcaban en la sombra por líneas de polvo, cuyos átomos suspensos en la inmovilidad del aire brillaban heridos por los rayos del sol. Llegaba allí la alegre algarabía de los innumerables pájaros que anidaban en los agujeros de las paredes y en los huecos de las tejas.

El hermano de la viuda parecía entregado á las delicias del sueño, de ese sueño que tan agradablemente nos embarga en las mañanas de Abril, que son las más dulces de dormir. Dormía indudablemente, porque la respiración ronca y profunda sonaba á intervalos, produciendo el rumor sordo é in-

termitente de un trueno lejano, como si en las profundidades de su pecho se agitara el fuego oculto de un corazón tempestuoso.

Dormía indudablemente, porque sus ojos cerrados no distinguían la sombra de Gil, que, andando cautelosamente con las puntas de los pies, se acercaba poco á poco.

Llegó el soldado hasta la cabecera de la cama, é inclinándose sobre la cabeza de su amo, permaneció así algunos instantes, al parecer, indeciso acerca del partido que debía tomar. Luego se enderezó marcialmente, se encogió de hombros, y alzando la mano derecha hasta la altura de la cabeza, hizo un saludo militar, y comenzó á retirarse andando de espaldas.

Una silla de maciza estructura y de enorme respaldo, colocada accidentalmente en medio de la estancia, vino á burlar todas las precauciones de aquella retirada silenciosa, en el momento en que Gil creía que llegaba á la puerta del dormitorio.

La silla, que por lo visto no estaba advertida, detuvo los pasos del soldado, cortándole la retirada. Al sentir Gil á su espalda este obstáculo inesperado, hizo un movimiento imprevisto, y, sin saber cómo, sin que él mismo acertara á explicárselo, la silla, empujada por las piernas del soldado, se empinó sobre los pies de atrás, vaciló un instante, y cayó de espaldas, haciendo sonar con estrépito su enorme respaldo sobre las baldosas desnudas del pavimento.

—¡Ah bribón! (gritó el comandante, incorporándose y cogiendo el revólver que tenía junto á la cabecera de la cama.) Ha llegado la última hora de tu vida.

Gil, por toda réplica, se cuadró militarmente con todo el rigor de la Ordenanza, y llevándose una

y otra mano á una y otra oreja, tiró de ambas, ni más ni menos que si hubiera querido arrancárselas á un tiempo.

—¡Firmes!—volvió á gritar el comandante.

Gil bajó los brazos de golpe, uniendo las palmas de las manos á las costuras laterales del pantalón, adoptando la actitud y la inmovilidad de un recluta.

—No te mato (dijo el hermano de la viuda bajando el revólver con que le apuntaba), porque antes quiero desollarte vivo.

Gil no hizo movimiento ninguno.

—Abre ese postigo (añadió su amo), porque quiero ver con qué ojos te atreves á mirarme.

El soldado se dirigió al balcón, y abrió el postigo de par en par, á través de cuyos vidrios empolvados entró la luz á torrentes.

—¿Á qué venías? (preguntó el comandante.) ¡Vamos, habla!

—Yo (contestó Gil) no venía.

—¡Cómo!.... ¡Tunante!.... ¿Vas á negarme lo mismo que estoy viendo?

—Es que me iba,—replicó Gil.

—¿Y á qué habías venido?

—Usía dijo anoche que quería levantarse muy temprano.

—Anoche quería eso, imbécil; pero esta mañana habría estado durmiendo hasta el fin del mundo. ¿De qué te sirven tus veinte años de servicio, si todavía no has llegado á comprender que cuando estoy durmiendo es que no quiero despertarme? ¡Ah.... bribón!.... Me has quitado el sueño más delicioso que he tenido en mi vida.

Gil suspiró, como quien comprende todo el valor de las palabras que acababa de oír. Sin duda él tenía también delicias que soñar, delicias que, se-

mejantes al vidrio, se quebraban al tocar las duras asperezas de las realidades de la vida.

—Aún suspiras por el regimiento (siguió diciendo el comandante), ¿no es esto?

—Allí se vive,—contestó el veterano.

—Eso significa que quieres volver á engancharte.

Gil movió la cabeza circularmente, como si al mismo tiempo quisiera decir que sí y que no.

—Bueno (siguió diciendo el comandante); mientras lo piensas, acércame la ropa, que voy á vestirme.

Luego que estuvo vestido, Gil se dirigió á la puerta; pero su amo le dijo:

—Ven acá.

Ante esta orden giró sobre el talon izquierdo, y dió frente á retaguardia.

—Uno.... dos.... ¡alto!

Siguiendo al pie de la letra estas voces de mando, dió dos pasos hacia el comandante, y se detuvo.

—Óyeme bien: en un abrir y cerrar de ojos vas al monasterio....; pero antes levanta esa silla que tu torpeza ha hecho rodar por el suelo.

Levantó Gil la silla con mano vigorosa y airada, pues alzándola sobre su cabeza, parecía que iba á estrellarla contra el suelo; pero se contuvo, la bajó suavemente, y la dejó en su sitio.

—Vas al monasterio (volvió á repetir el comandante). Allí encontrarás al P. Antonio.... Bésale la mano, bribón, que aunque ha sido un *carcunda* como tú, lleva una corona como un plato y es un cura hecho y derecho. Así que le beses la mano, te lo traes.... ¡Ea!.... media vuelta á la izquierda.... de frente.... paso redoblado.... ¡marchen!....

Estos movimientos fueron ejecutados con rigurosa precisión, y Gil salió de la estancia con aire marcial, echando al paso una mirada rencorosa sobre la

silla que lo había puesto en la grave contingencia de ser desollado vivo.

Luego que el ruido de las pisadas de Gil se perdió en el hueco silencioso de la escalera, el comandante cruzó los brazos sobre el pecho, y comenzó á pasearse de un extremo á otro de la habitación, lanzando de tiempo en tiempo súspiros tempestuosos. De vez en cuando se detenía pensativo, atusaba sus largos bigotes, y fruncía el entrecejo. Últimamente, cogió una carta abierta que había sobre la mesilla de noche, se acercó al postigo del balcón, y empezó á leerla.

CAPÍTULO IX.

Espionaje.

Antes que el comandante terminara la carta que tenía en la mano, fué sorprendido por una detonación que resonó en la habitación inmediata, semejante al estampido de un arma de fuego. Alzó los ojos y miró tranquilamente á su alrededor, arqueando sus grandes y pobladas cejas, que casi se unían en el nacimiento de la nariz, y frunciendo la boca en señal de que no atinaba con la causa de aquel estrépito.

Sobre la chimenea del comedor se hallaba la caja de las pistolas; pero no era posible que se hubieran disparado por sí mismas; en cuanto á las escopetas, era más imposible todavía, en razón á que no estaban cargadas; y por lo que hace al revólver, inmóvil sobre la mesilla de noche, conservaba en su tambor de acero los seis tiros intactos de que se hallaba provisto.

Sin embargo, el comandante había oído en el momento de la explosión algo semejante al choque del proyectil que rebota en las paredes. Para salir de dudas, cruzó la pieza inmediata y entró en el